

MUJERES EN LA IGLESIA: MEMORIA DE UNA ETAPA, PROYECTO DE UN FUTURO

DOLORES ALEIXANDRE
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

Hace algunos años, le oí contar esta anécdota a Pilar Bellosillo, auditora laica del Vaticano II:

En una de las subcomisiones del Esquema XIII en la que participábamos, me llamaba mucho la atención que, cuando se hablaba de la persona humana, se añadían algunos comentarios sobre la mujer, a la que se comparaba con las flores y los rayos del sol... Pedí la palabra para mostrar mi extrañeza, porque ello ponía de manifiesto que se identificaba al hombre Varón con la persona humana, pero no a la mujer.

El esfuerzo de las auditoras más activas logró eliminar aquellas expresiones, haciendo que no se diferenciara el caso de la mujer en ningún planteamiento.

“Los años inmediatamente posteriores al Concilio fueron de gran euforia y de profundas expectativas”, dice María Salas⁽¹⁾. “Parecía que todo iba a cambiar y muy deprisa; pero al empezar a hacerse públicas las disposiciones

(1) MARIA SALAS, *De la promoción de la mujer a la teología feminista*, Santander, 1993, p. 93.

que debían poner en práctica las grandes líneas doctrinales señaladas por el Concilio, y al intentar los cristianos aplicar lo que habían aprendido, empezaron las discusiones”.

En el Sínodo del año 71 volvió a plantearse la cuestión y a petición de los Padres sinodales, Pablo VI creó una comisión compuesta por 15 mujeres y 10 varones. Su objetivo era, en palabras del mismo Pablo VI, “recoger, verificar, interpretar, revisar, poner a punto las ideas manifestadas acerca de la mujer en la sociedad moderna”. Desde el principio se indicó que el estudio del sacerdocio de la mujer no sería de su incumbencia.

Después de dos sesiones de trabajo, algunas de las participantes se dieron cuenta de la imposibilidad de tratar seriamente ninguna cuestión y, al llegar el momento de redactar las últimas conclusiones, cinco de las participantes, entre las que se encontraba Pilar Bellosillo, decidieron añadir una nota de la minoría, procedimiento que era corriente y había sido utilizado en el Concilio. La nota fue mal recibida y no formó parte del informe oficial remitido al Papa.

Hoy, después de treinta y cinco años, las cosas han cambiado y, utilizando el lenguaje de las calificaciones escolares, podemos decir que en algunos aspectos “progresan adecuadamente”, pero todavía en muchos otros “necesitan mejorar”. Vamos a tratar de fijarnos en algunos indicadores que apoyan cada una de estas afirmaciones.

1. HEMOS PROGRESADO ADECUADAMENTE

Comenzando por los logros, vamos a señalar algunas situaciones más recientes, impensables en los años 60 y que hoy son realidades que se van convirtiendo en normales:

- Ha crecido el interés por el estudio y la profundización de la problemática de la participación de la mujer en la Iglesia desde la antropología, la revelación y la teología.
- Se cuestionan mucho más abiertamente los modelos culturales y estereotipos que mantienen excluidas a las mujeres.
- Ha aumentado la presencia de mujeres en el mundo teológico: crece el número de alumnas en las Facultades de Teología y Centros Teológicos y hay ya mujeres enseñando en los dos ámbitos, existe una “Asociación de mujeres teólogas españolas”, un “Foro de estudios sobre la mujer”, varios grupos que se reúnen periódicamente en torno a la reflexión sobre “Mujer y Teología”.

- El lenguaje sobre Dios va siendo menos “masculino” y se van incorporando, aunque lentamente, imágenes “femeninas” sacadas de la Escritura. En algunos sectores se va hablando ya con un lenguaje inclusivo y empieza a sonar extraño hablar del “hombre de hoy”, de los “derechos del hombre” etc.
- Se ve cada vez con más normalidad la presencia de mujeres en el campo de la espiritualidad: ejercicios, retiros, cursos, acompañamiento espiritual.
- Aumenta de manera notable el número de publicaciones de mujeres en torno a temas de Sagrada Escritura, teología, espiritualidad, investigación histórica y social, etc. Pertenecen a los consejos de redacción de muchas revistas y casi no hay ninguna de éstas en el ámbito eclesial que no haya dedicado más de un monográfico al tema de la mujer.
- La vida religiosa femenina está cada vez más sensibilizada al tema, que se estudia en jornadas de reflexión y se incluye en muchas ocasiones de manera prioritaria en los Capítulos provinciales y generales.
- Lo mismo podría decirse de un número creciente de mujeres laicas. Va mejorando notablemente su preparación para tareas pastorales y catequéticas (el 70% de los 22.000 catequistas españoles son mujeres).
- Los Centros de cultura para mujeres vinculados a Caritas, a la vida parroquial o a iniciativas no eclesiales, ofrecen excelentes oportunidades de formación integral a muchas mujeres.
- Una Orden tan significativa en la Iglesia como la Compañía de Jesús, ha dedicado uno de los decretos de su Congregación General treinta y cuatro a “La Compañía y la situación de las mujeres en la Iglesia y en la sociedad civil” y habla de esta cuestión como de “signo de los tiempos”, como un problema “debe figurar en el centro de nuestra misión si deseamos integrar fe y justicia. Su dimensión es universal en cuanto que afecta a hombres y mujeres de todas partes; se extiende cada vez más a través de clases y culturas; y preocupa personalmente a nuestros colaboradores, especialmente mujeres laicas y religiosas”; “el plan original de Dios era de una cariñosa relación de respeto, reciprocidad e igualdad entre el varón y la mujer. Es lo que estamos llamados a realizar. Del tono de esta reflexión eclesial sobre la Escritura se desprende claramente que urge traducir la teoría en práctica, y no sólo fuera sino también dentro de la Iglesia”. “Invitamos a todos, individualmente y a través de sus instituciones, a alinearse en solidaridad con la mujer. La manera práctica de hacerlo variará de un lugar a otro y de una cultura a otra, pero no faltan ejemplos:

- Enseñanza explícita sobre la igualdad esencial entre la mujer y el varón, en todos nuestros apostolados, especialmente en colegios y universidades;
 - apoyar los movimientos de liberación de la mujer que se oponen a su explotación y promueven su participación en la vida pública;
 - atención especial al fenómeno de la violencia contra la mujer;
 - la debida presencia de mujeres en las actividades e instituciones de la Compañía, incluso la formación;
 - que tengan parte real en la consulta y toma de decisiones de nuestros apostolados;
 - colaboración respetuosa con nuestras colegas en proyectos comunes;
 - uso del lenguaje inclusivo cuando hablamos o escribimos;
 - promoción de la adecuación de la mujer y, en particular, la eliminación de toda forma de discriminación injustificada entre muchachos y muchachas en el proceso educativo.”
- El Magisterio ha abordado también el tema: la Carta apostólica “Mulieris Dignitatem” hace afirmaciones de enorme trascendencia (“el hombre, en cualquier circunstancia, debería tener las mismas actitudes de Cristo al tratar a la mujer...”) aunque aún no han provocado el cambio eclesial que debería esperarse.

En el último mensaje papal (Diciembre 1994), “La mujer: educadora para la Paz” se habla de “la lógica de funciones complementarias en la común vocación al amor” y de cómo “Dios ha creado al hombre y a la mujer para una comunión de personas, en la que cada uno puede ser ayuda para el otro porque son a la vez iguales en cuanto personas y complementarios en cuanto masculino y femenino”.

Por otra parte, la Carta apostólica sobre la ordenación sacerdotal reservada sólo a los hombres (Mayo 1994), cierra de manera tajante incluso la discusión teológica sobre el tema del sacerdocio femenino.

2. PERO TENEMOS TAREAS PENDIENTES...

Porque, a pesar de lo que hemos señalado más arriba y de que hay avances reales en la “normalización relacional” de mujeres y hombres en la iglesia, lo cierto es que a afirmaciones condescendientes y teorías abiertas se corresponden prácticas sin cambio significativo: las instancias oficiales de la Iglesia continúan eludiendo, aplazando, minimizando el problema.

Prefieren “venerarnos” y exaltar nuestra sublime condición que considerarnos, simple y llanamente como compañeras igualitarias en el camino.

Sigue resultando normal que queden reservados para los hombres casi todas las responsabilidades, decisiones, orientaciones, presidencias y prioridades.

En el nivel de los “argumentos” parecería que se ha avanzado lo bastante como para generar “efectos de conciencia” pero las realizaciones concretas siguen siendo de una penosa inconsecuencia. Los esquemas, estructuras y estereotipos tradicionales siguen muy interiorizados en el mundo masculino y demasiadas veces, también en el femenino.

Estos son algunos pasos ya comenzados en los que habría que seguir profundizando:

- Mirar con lucidez.
- Tomar la palabra.
- Relacionarnos mejor con nuestro *animus/anima*.
- Tratar de crear un estilo relacional alternativo.
- Abrir nuevos caminos.
- Creer que el Evangelio tiene razón.

1. Estos son algunos campos en los que tenemos que ejercitar una mirada lúcida:

- El del “feminismo mesiánico”: “va a estallar la hora de la mujer” (nada lo garantiza con absoluta seguridad); “la Iglesia gobernada por mujeres dejaría de ser autoritaria” (podemos tener anticuerpos ocultos de autoritarismo); “hemos estado siempre oprimidas” (pero hemos favorecido muchas veces la prepotencia masculina con nuestro servilismo y sumisión cotidianas...).

Si no reconocemos todo esto, corremos el riesgo de caer en aquellas mismas pseudo-seguridades y suficiencias que pretendemos evitar.

- Los estereotipos y viejos modelos de relación entre hombres y mujeres:
 - El del hombre dotado de “clarividencia infusa” versus “mujer eternamente necesitada de consejo, dirección y pastoreo”.
 - El de dependencias infantiles con respecto a los hombres.
 - El de las “características femeninas y masculinas” aprendidas desde la infancia: esa expresión “por naturaleza somos...” que nos define como imprevisibles, turbulentas, parlanchinas, ilógicas,

débiles y nos confina en el ámbito doméstico, y los describe a ellos como lúcidos, reflexivos, capaces de mando y de responsabilidad, dotados para la especulación, la invención, la aventura y la conquista.

La mirada lúcida nos lleva a sospechar que en eso que atribuimos a la naturaleza algo no está claro, ni recto ni exacto y que hay en ello mucho más de costumbre que de otra cosa.

Nos lleva a caer en la cuenta de que nuestro modo concreto de ser mujeres y hombres está modelado por las influencias de la cultura, de la familia, de la sociedad.

Nos lleva a descubrir como radicalmente antievangélico el que en la Iglesia se repartan las tareas llamando “responsabilidad sobre las estructuras” a lo que hacen los hombres y “encargo de las infraestructuras” a lo que hacemos las mujeres.

Otro campo de sospecha tendría que ser también el del lenguaje de exaltación, el recurso al mito de la feminidad-maternidad, esas grandes palabras con mayúscula que, bajo la apariencia de sublimarnos, en realidad nos confinan en los ámbitos que resultan más cómodos para algunos. Porque tanto las admiraciones vacías como el lenguaje de la especificidad (el discurso sobre la “peculiar dignidad, misión específica y cometido propio” de la mujer...) encierran la trampa de convertir las diferencias en desigualdades y alejan del único modo de relación que es verdaderamente humano: el del respeto mutuo, la colaboración, el diálogo, el don y la acogida. Y el del auténticamente cristiano que no es un modelo de escalafón sino un proyecto fraterno de hermanos y hermanas, compañeros igualitarios en un recorrido de fe en el que nos ayudamos unos a otros a caminar.

Finalmente, creo que necesitamos una mirada especialmente lúcida en nuestra Iglesia a la hora de leer la Biblia para ir desterrando cada vez más las ideologías con las que solemos acceder a ella y que demasiadas veces lo que va buscando es confirmar el funcionamiento de una Iglesia configurada según las categorías masculinas.

Necesitamos una mayor conciencia de que no somos inocentes a la hora de acceder a la Biblia, sino condicionados por nuestra pertenencia a uno u otro sexo; que no pueden distorsionarse las imágenes convirtiéndolas en principios teológicos; que la Biblia está escrita por hombres y refleja lo que se vivía en una sociedad patriarcal, pero que esa descripción es del orden de la realidad y no del de la verdad, es decir, del proyecto de Dios sobre nuestra humanidad.

Es preciso caer en la cuenta de que es inútil buscar en la Biblia una especificidad femenina distinta de la masculina porque lo que encontramos en ella son testimonios de cómo hombres y mujeres creyentes vivieron la acogida de una Palabra que les fue dirigida y cómo respondieron a ella.

Por eso a lo que somos invitados es a reconocer las grandes líneas de fuerza que recorren toda la Escritura y que nos afectan indistintamente a todos:

- *La historia* como lugar de revelación y de encuentro con el Dios liberador de su pueblo, con un Dios que no soporta la opresión de ninguno de sus hijos e hijas.
- *La alianza* como clave de amor gratuito y fiel y como proyecto de unas relaciones de fraternidad y no de dominio. La parcialidad de Dios hacia los débiles, los empobrecidos, los no significativos.
- La llamada y el impulso hacia *una vida vivida* en plenitud por hombres y mujeres y avalada por la Resurrección de Jesús.

2. Un segundo paso urgente es el de **seguir tomando la palabra.**

Existen dos maneras fundamentales de expresarse: separándose de las palabras, jugando con ellas como si fueran piezas de una construcción o dejándolas subir del fondo de las propias entrañas, como una prolongación de uno mismo.

La expresión femenina está mucho más cerca de este segundo modo y la gracia y la novedad de nuestra aportación al mundo teológico va a estar en relación con un nuevo lenguaje que sea comprensible también para los no iniciados porque ha sido elaborado en contacto con la vida y llega grávido de experiencia sentida.

Desde aquí es legítimo cuestionar ciertos dogmas como el de que “en teología hay que separar lo científico de lo vivencial” o reclamar al menos el derecho al escándalo cuando oímos o leemos comentar textos evangélicos o proféticos sin rastro de *pathos*, sino con la misma sequedad aséptica con la que se leería en anuario mercantil.

¿Cómo es posible dejar de lado la afectividad, cuando todo lo que toca a la relación, a la mística, a la justicia, pertenecen al ámbito de la afectivo?

¿Cómo no expresarnos desde la com-pasión y el apasionamiento si lo del mundo nos afecta y si queremos comunicar algo de un Dios que está él mismo afectado por el mundo?

Existen en la mujer posibilidades, muchas veces inéditas, de expresividad, de plasticidad, de tender puentes y captar matices, de escuchar el lengua-

je del cuerpo y de las emociones, de hacer asequibles los conceptos más áridos, de comunicar sin imponer, de emplear la persuasión en vez del imperativo, de reconciliar teología con espiritualidad.

No le es fácil a este nuevo lenguaje abrirse camino. Históricamente nuestra tradición ha sido interpretada, articulada y celebrada por hombres y, por lo tanto, expresa lo masculino como realmente existente, lo dominante, lo normal. Por eso tantas veces les oímos a ellos al dar su opinión sobre nuestro modo de pensar, de trabajar o de expresarnos: “qué raro”, o “o qué original”, o “qué complicado”, o “qué simplista” y esas apreciaciones reflejan su convicción, no culpable, desde luego, sino introyectada desde niños, de poseer el “patrón-tipo” de la realidad y lo que no coincide con ella, por defecto o por exceso, puede ser objeto del juicio equilibrado de quien posee “la objetividad”.

Y, sin embargo, hay una mitad de la humanidad que siente, piensa y desea expresar sus experiencias, relaciones y vivencias de otra manera y está irrumpiendo una palabra nueva que ha permanecido durante siglos silenciosa y silenciada y está comenzando una etapa en la que la “tarea de suplencia” de expresar unos lo que sienten otras ha dejado de tener justificación.

“Cuando yo era niña, hablaba como una niña; al hacerme mujer, dejé atrás las cosas de niña”, podría decir cada una de nosotras como Pablo en 1 Cor 13, 10-11. Dejé por lo tanto atrás el que otros hablaran en mi lugar, tomé yo la palabra, entré en la conversación, expresé mi verdad, utilicé mis propias imágenes.

Eso supone *aceptar* que el lenguaje que surge de las mujeres sea diferente del de los hombres. Porque en ellos el *decir* rueda vertiginosamente como el bólido de la autopista, se adelanta a la vivencia, quema etapas de lo vivido mientras que en nosotras la vivencia florece, se desborda, nos sumerge, se adelanta a nuestro decir⁽²⁾.

Ellos y nosotras tendríamos que atrevernos a ampliar y enriquecer nuestras imágenes sobre Dios, permitir que nuestra mente estrecha se ensanche y se desborde ante nuevas imágenes nutricias, generadoras, protectoras, entrañables porque si el camino de Dios pasa a través de lo humano, hay una experiencia dual para hablar de ello. Y observar qué cambia en nosotros cuando, además de invocar a un “Dios todopoderoso y eterno” nos dirigimos al Dador de la vida, al Padre maternal...

(2) VVAA *L'echo de votre propre silence*. Le partenariat. Femmes et hommes dans l'Eglise. 1991, p. 12.

3. Relacionarnos mejor con nuestro animus/anima.

Y para ello, es importante distinguir entre “género” y “sexo”: La variable compleja “sexo” implica unos procesos de sexuación prenatales de tipo fundamentalmente biológico (niveles genético, endocrino y neurológico) a la par que un desarrollo a lo largo del ciclo vital de carácter eminentemente psicosocial.

Este segundo aspecto es lo que puede desgajarse y conceptualizarse como género. El género hace referencia a una realidad compleja que se asienta, en un comienzo, en la variable *sexo* y que interactúa continuamente con ella a lo largo de todo el ciclo vida. El estudio de roles, estereotipos, masculinidad y femineidad, etc. se encuadraría dentro de esta realidad de género”⁽³⁾.

“El género involucra al conjunto de características y rasgos que socio-culturalmente son considerados apropiados para los varones y las mujeres” (UNGER).

“El psicoanalista C.G. Jung habló del *anima* como el elemento femenino inconsciente del hombre y del *animus* como el elemento masculino oculto de la mujer. La realización de la personalidad sería para él la capacidad del ser humano para llegar a hacer consciente su parte escondida y conseguir que ambas caminen en armónica alianza. Si, por el contrario, sigue operando desde el inconsciente, nuestro estado psíquico es de “animosidad”.

Según Jung, el diálogo con el *anima* permitiría al hombre reconocer y diferenciar su función de sentimiento que despreció como algo propio de mujeres y, de este modo, reconquistar su capacidad de amor y cuidado hacia las cosas. Esto supone un enriquecimiento de su personalidad y, por otro lado, dejar de proyectar en la mujer aspectos suyos inconscientes que, por excesivamente valorados o temidos, no podía reconocer como propios y le era más fácil localizarlos en la mujer.

Por su parte, la mujer, en su integración del *animus*, busca conocer, diferenciar y recuperar en ella ese mundo de valores activos que proyectó en el hombre y que pretendió vivir a través de su unión con él, más que a partir de su propia realización”⁽⁴⁾.

Es una tarea abierta el que todos nosotros, mujeres y hombres, podamos explorar con mayor naturalidad el rastro de la propia *anima* y reconciliarnos con ella.

Estas serían algunas pistas:

(3) FERNANDEZ, J. *Nuevas perspectivas del sexo y del género* Madrid 1988, 27.

(4) MAITE DEL MORAL, *Lo femenino: recorrido por la psicología y el mito* Sal Terrae, 11. Nov. 1988.

- Papel que damos a la *sensibilidad*, la *interioridad*, la *receptividad*.
- Manera de encajar los ritmos de período largo.
- Cómo integramos palabra / silencio / comunicación no verbal...
- Cultivo o rechazo de la vulnerabilidad.
- Manera de relacionarnos con lo *concreto*, lo *cotidiano*, más allá de las abstracciones y de los grandes proyectos.
- Capacidad para *expresar sentimientos*, para comunicarnos de otra manera que no sean sólo las ideas.
- modo de encajar la *debilidad* y de integrar la propia *corporalidad*.

4. Tratar de **crear un estilo relacional alternativo**.

Eso supondría, por ejemplo:

- Estar dispuestos, tanto hombres como mujeres, a revisar nuestros presupuestos antropológicos: los a priori, las ideas recibidas, las ideas aprendidas e ir aceptando otro modo de interpretar la realidad, de articular pensamiento y crear lenguaje.
- Despertar el deseo de que cada hombre y cada mujer posea una autonomía tal que le permita respetar al otro en la alegría, la ternura, el amor, la reciprocidad. Soñar con una forma de relación en la que han desaparecido los celos y las descalificaciones, los prejuicios, los complejos y las falsas paternidades y filiaciones y han sido sustituidas por el reconocimiento mutuo, el trato cordial y fraterno, el respeto hacia lo diferente...
- Experimentar la alegría de los pequeños pasos que se van dando en dirección hacia una Iglesia en la que el acento no esté puesto en la dualidad clérigos/laicos, hombres/mujeres, gobernantes/gobernados..., sino en la comunión que nace de integrar la diversidad en la unidad y la creatividad en la solidaridad⁽⁵⁾.
- Imaginar las consecuencias que tendrá para la evangelización, el reconocimiento (efectivo, no teórico), de que todo miembro de la Iglesia es responsable de la misión evangelizadora y que todos, mujeres y hombres, hemos sido convocados comunitariamente para cumplir la misión que Jesús resucitado ha confiado a sus discípulos.

(5) YVONNE BERGERON y MICHELINE LAGUE. *Partenariat intégral: l'avenir d'une réalité*. Femmes et ministères. Québec 1991.

5. Un quinto paso es el **abrir nuevos caminos**.

Mujeres y hombres tenemos algo que hacer más allá de nosotros mismos y necesitamos poner en primer término los proyectos y las acciones en favor de un mundo más justo, si queremos liberar y sanear nuestra relación.

La perspectivas del movimiento feminista están cambiando. Se trata menos de ser iguales a los hombres que de saber lo que hay que cambiar en las estructuras políticas, económicas y sociales para permitir a mujeres y hombres participar desde una situación de igualdad en la edificación de un nuevo orden mundial⁽⁶⁾.

No podemos quedarnos paradas cuando sabemos que millones de mujeres en el mundo viven en situaciones desesperadas y que en los países más pobres, donde la gente vive en la ignorancia y en la miseria y trabaja hasta la extenuación, ellas son las más pobres, las más ignorantes, las más agotadas por el trabajo, las que padecen una triple opresión: por su raza, por su pobreza y por su sexo.

Por eso, más fecundo que “hablar sobre la mujer” puede resultar el promover espacios de encuentro y conocimiento mutuo en los que se pueda reflexionar serenamente, tejer solidaridades, proyectar y emprender pequeñas acciones juntas. El Consejo Ecuménico de las Iglesias nos propone los siguientes objetivos para el decenio 1988-1998:

- A. La plena participación de las mujeres en la vida de la Iglesia y de la comunidad.
- B. El compromiso de las mujeres en la teología y la salvaguarda de la creación.
- C. La participación de las mujeres en la teología y la comunicación espiritual.

Pero a la hora de recorrer esos nuevos caminos que se abren hoy ante nosotras (el de una mayor presencia en la sociedad y en la Iglesia, el de una teología y una espiritualidad en las que intervenga también nuestra experiencia), lo que importa no es lanzarse a toda prisa sino aprender a caminar de la mano de la Sabiduría, configuradas desde dentro por ella.

La Sabiduría aparece en la Biblia como una especie de doble de Dios por el que éste entra en contacto con sus criaturas y se describe con imágenes femeninas: es una presencia creadora y recreadora de vida, compañera y guía del pueblo en su peregrinar por la historia.

(6) BRIGALIA BAM. *Foro ecuménico de mujeres cristianas europeas*. Finlandia, 2-VI-1986.

Algunos frutos de llevar a la Sabiduría como compañera serían:

- Cultivar el modo relacional de conocer, valorando lo experiencial por encima de lo puramente conceptual.
- Interesarnos por todo lo humano, no alejarnos de lo concreto.
- Expresarnos desde la accesibilidad y la sencillez.
- Tener una firme voluntad inclusiva, tratar a los hombres como amigos desterrando la imagen del “enemigo”.
- Cultivar un talante de autocrítica que nos aleje de las suficiencias y rivalidades que hemos visto cometer a otros.
- Saber combinar la prudencia y la audacia, sin separar la esperanza de la astucia, ni la radicalidad de la flexibilidad.

Porque un fruto de la Sabiduría es saber que vale más ganar terreno lentamente que agotarnos en discutir temas teóricos o de competencias.

Vale más discurrir estrategias de sensibilización cultural y de educación no sexista y pequeñas plataformas de encuentro e intercambio de experiencias.

Vale más discurrir estrategias de sensibilización cultural y de educación no sexista y pequeñas plataformas de encuentro e intercambio de experiencias.

Vale más el esfuerzo de una capacitación seria a largo plazo para hacer cada vez mejor lo que hacemos y empujar las fronteras para llegar a hacer lo que todavía no hacemos.

Vale más estar despiertas para unir nuestras fuerzas allí donde algo se está moviendo en favor de la mujer, que empeñarnos en inventarlo todo de nuevo.

Vale más saber esperar la propia hora sin quemar las reservas y sin perder la frescura.

6. Por último y como actitud fundamental estaría la de **creernos que el Evangelio tiene razón.**

Algunas consecuencias concretas de esto serán:

- Creer que el Reino es la levadura capaz de levantar esa masa mal amasada de la relación del hombre y de la mujer dentro de la Iglesia.
- Creer que el Reino es un vino nuevo que puede reventar los viejos odres de arquetipos de dominio de un sexo sobre el otro y sustituir-

los por una nueva manera de relación en reciprocidad y equivalencia.

- creer que el Espíritu sopla cuando quiere y como quiere y puede sacudir, como un viento impetuoso, todas las hojarascas de pretensiones de autoritarismos, de falsa superioridad, de imposiciones... Todo lo que no es fruto de la sencilla fraternidad, de la acogida de lo diferente, del reconocimiento admirado del misterio del otro.
- Creer en que Reino es como la sal, capaz de salar también esa sensibilidad creciente de las mujeres hacia su dignidad, liberándola de todo lo que amenaza con pudrirla: la desconfianza, la dureza, la tentación de nuevos señoríos, la autoafirmación agresiva.
- Creer que existe en el Evangelio una gran espiral de inclusión, una danza que va invitando a todos lo que están en el margen, las mujeres también, a venir a sentarse en círculo junto al hogar que está en el centro y desde ahí compartir un pan y una palabra que son de todos.
- Creer que la vulnerabilidad y la gratuidad no son “debilidades femeninas”, sino el secreto último de la vida humana. Seguir las cultivando y ofreciendo, como un tesoro que nos ha regalado y al que no queremos renunciar.
- Y seguir creyendo tercamente, esperanzadamente, en la posibilidad de que nuestra Iglesia llegue a vivir un día como una comunidad de hermanos, porque solamente así podrá llamarse “católica” y decir de sí misma que es la Iglesia de Jesús.

Dolores Aleixandre